

# Kamal Yumblatt hace un balance

El principal dirigente de los "islamo-progresistas" libaneses saca las conclusiones de diecinueve meses de guerra civil.



"Nuestros intereses están ligados a los de la Resistencia".

**A** la hora de los primeros balances, el de la izquierda no puede calificarse precisamente de brillante: numerosos musulmanes han perdido toda confianza en los grupos progresistas, sus relaciones con la Resistencia palestina se han deteriorado, el Ejército sirio rastrella el país.

**KAMAL YUMBLATT.**—La situación no es tan negra como usted la presenta. Estamos en un país árabe donde nada es tan racional como en Europa. Es verdad: muchas personas —en especial musulmanes— que se alinearon con nosotros se han visto después defraudadas. Entre el islam y cierta izquierda habrá siempre un cisma, una dicotomía. Difícilmente puede el islam volverse marxista...

—No se trata solamente de ideología, sino de carencias que han sido características de la izquierda en la vida cotidiana...

**K. Y.**—Totalmente de acuerdo. Nos hemos dedicado excesivamente a lo coyuntural, a lo puramente militar. Hemos tenido abandonados problemas de organización y encuadramiento de la población combatiente. No queríamos crear ni consolidar en nuestro campo estructuras propias, porque corríamos el peligro de animar de rebote a cuantos, en el campo opuesto, exigían una partición del Líbano.

—Limpiar la parte de Beirut que estaba bajo su control, evitar que pudiera convertirse en un lugar peligroso, ¿no equivalla, sin embargo, a favorecer la partición?

**K. Y.**—Todo el mundo quería intervenir en Beirut Occidental. Mi partido, el partido progresista socialista, no disfrutaba de una posición suficientemente dominante. Aquí no ocurría como en el otro campo. Allí estaba el partido falangista, que era el elemento dirigente. Ese partido ha podido apoyarse en una mística de un maronitismo integral y en una homogeneidad confesional favorecedores de la disciplina y la organización. Los kattaeb y sus aliados hicieron vibrar la fibra religiosa para fanatizar a la población. Nosotros, no hemos

querido recurrir a ese tipo de procedimientos...

—Además, ellos recibieron una ayuda material importante. Los Estados Unidos les entregaron doscientos cincuenta millones de dólares. Conozco estas cifras de fuentes muy serias. El mundo árabe, ese mundo que rechazan los maronitas, también les ha hecho llegar regularmente fondos durante la guerra. En Kuwait, en una sola noche, la mujer de Pierre Gemayel, consiguió recaudar un millón de dólares. Cuando los nuestros viajaron a Kuwait en busca de apoyos financieros, fueron sistemáticamente perseguidos por las autoridades.

—¿Era esencial el dinero para conseguir que pudiera reinar en Beirut Occidental un mínimo de seguridad?

**K. Y.**—Sin duda que no. Debo confesar que nos ha sorprendido el gran número de jóvenes comprometidos con la izquierda y, sin embargo, desmoralizados. No hemos dispuesto de medios, sobre todo, políticos, para frenar el fenómeno del gangsterismo, del gamberrismo, que se ha desarrollado paralelamente a la guerra. Es algo achacable a la civilización urbana. La gente cae cada vez más fácilmente en el crimen. Nos hemos visto separados. La atomización de la izquierda en varias decenas de partidos o de grupúsculos no ha sido tampoco demasiado beneficiosa. Un marxismo de mala ley no es totalmente ajeno a este gangsterismo: a fuerza de repetirlo a la gente que la propiedad es un robo, muchos consideran legítimo robar la propiedad...

—¿No era posible confiarles a los palestinos la Policía de Beirut?

**K. Y.**—Ellos están también muy divididos. Nos ha perjudicado la tutela permanente que han venido ejerciendo sobre nosotros. Han practicado siempre una especie de mandato. Controlaban los circuitos de provisión de víveres, las redes telefónicas y de telex. Teníamos que pasar por ellos para adquirir ar-

mas, y algunos grupos de la izquierda dependían también de ellos para su suministro de municiones de armas ligeras. La dirección militar estaba totalmente en sus manos. No tenemos nada que decir sobre el particular. He tratado de oponerme a algunas de sus decisiones militares con las que no estaba de acuerdo, pero nunca conseguí hacerme escuchar. Estas últimas semanas comenzábamos a conquistar cierta independencia, pero ahora...

—Los sirios exigen, al parecer, de la Resistencia palestina que renuncie a seguir apoyando a su grupo. ¿Cree que la Resistencia hará lo que se le pide? ¿Tienen desacuerdos políticos con ella?

**K. Y.**—La Resistencia no va a abandonarnos. Nuestros intereses están ligados. La mayor parte de los Gobiernos árabes están hartos de la Resistencia, porque les impide prosperar. De ahí que todo el mundo corra a Ginebra. Es una verdadera lástima.

—¿Por qué?

**K. Y.**—De la conferencia puede salir un mal compromiso. ¿Cuáles serán los límites del Estado palestino? En el mundo árabe viven un millón doscientos mil refugiados palestinos. Toda esta gente quiere volver a casa, y su casa está en Israel.

—¿Usted sabe que se trata de un sueño imposible?

**K. Y.**—Históricamente, nada es imposible. Basta con que lo desee la Unión Soviética.

—No es ése el caso.

**K. Y.**—Está por demostrar. De cualquier forma, propugnamos una solución definitiva del problema palestino. Un problema mal resuelto es a menudo una pesadilla de la historia.

—¿Usted es más palestino que los propios palestinos? La OLP —al menos, el señor Arafat— parece de acuerdo con un Estado que se extendiese por Cisjordania y Gaza.

**K. Y.**—Si el pueblo palestino fuese libre de decidir su propia suerte, diría lo mismo que yo. En cualquier caso, una solución mínima consistiría en aplicar las resoluciones de la ONU de mil novecientos cuarenta y siete, que aseguran a los refugiados el retorno a sus hogares de Israel, donde se beneficiarían de todo tipo de derechos políticos.

—Va usted a contracorriente de los países árabes...

**K. Y.**—La actual política de aproximación a Israel puede cambiar de la noche a la mañana. Bastarían uno o dos golpes de Estado bien colocados. Y esto es algo que puede ocurrir en cualquier momento. Aquí no estamos en Europa; hay que pensar en el flujo y reflujo de las mareas. Hay que esperar.

—¿Le mueve al optimismo el nuevo Gobierno del Presidente Sarkis?

**K. Y.**—Camille Chamoun no tiene ya cartera ministerial. Ese solo detalle sería positivo para el Líbano. Sarkis está mucho más cerca de nuestras ideas, en el plano social y económico, que de las de los conservadores. Sí, creo que en definitiva los maronitas perderán algunos de sus privilegios. En cuanto a sus sueños de partición, de confederaciones, de cantones tipo sulzo para el Líbano de mañana, todo ello caerá en saco roto. Los sirios jamás lo aceptarán. Nuestro papel consistirá en luchar políticamente para defender la democracia y las libertades. ■ **Declaraciones recogidas por HERVE CHABALIER.** (Copyright: "Le Nouvel Observateur".)